

ilustraciones **SANTIAGO CARUSO**



CLEMENTE PALMA
CUENTOS MALÉVOLOS

CLEMENTE PALMA
CUENTOS MALEVOLOS

CLEMENTE PALMA

CUENTOS MALEVOLOS

selección e ilustraciones

SANTIAGO CARUSO



AGUIJÓN DE LA NOCHE

PREFACIO

por Mariana Enriquez



Clemente Palma llamó a estos cuentos “malévolos” y es el mejor adjetivo que pudo haber elegido. Porque son malsanos, enfermizos: recorren todo el espectro de la crueldad, el romanticismo posesivo y la perversión gozosa.

Cuentos Malévolos se publicó en el Perú en 1904; ocho años más tarde tuvo una reedición en Francia —prologada por Miguel de Unamuno—, el país espiritual de estos cuentos. Es que Palma representa un estertor final, latinoamericano y expatriado del decadentismo francés y británico, “movimiento” breve que puede circunscribirse a las últimas dos décadas del siglo XIX y que tiene como antecedentes a Baudelaire, Huysmans, Gautier o Swinburne. La otra gran y obvia influencia de Palma es Edgar Allan Poe: ambos escribieron obsesionados y atormentados por los excesos del cuerpo y la imaginación, enamorados de la muerte y las mujeres terribles, regocijados en la enajenación y el Mal.

En estos cuentos el eco de Poe y sus novias muertas y moribundas está muy presente, pero también lo están representantes plenos del movimiento decadentista como Jean Lorrain, que escribía cuentos sobre casarse con mujeres tuberculosas por el placer de verlas morir o Rachilde, que Palma cita en “El Príncipe Alacrán” como una de las autoras cuyos libros atesora el protagonista del relato, Macario. Rachilde fue considerada inmoral en su época: escribía sobre sus amores con ¡una vasija griega! y también sobre el cuerpo embalsamado de un amante, mantenido como decoración —y quizá como amante —en un *boudoir*.

LA GRANJA BLANCA

a doña Emilia Pardo Bazán

I

¿Realmente se vive o la vida es una ilusión prolongada? ¿Somos seres autónomos e independientes en nuestra existencia? ¿Somos efectivamente viajeros en la jornada de la vida o somos tan sólo personajes que habitamos *en el ensueño de alguien*, entidades de mera forma aparente, sombras trágicas o grotescas que ilustramos las pesadillas o los sueños alegres de *algún eterno durmiente*? Y si es así, ¿por qué sufrimos y gozamos por cuenta nuestra? Debiéramos ser indiferentes e insensibles; el sufrimiento o el placer debieran corresponderle al soñador sempiterno, dentro de cuya imaginación representamos nuestro papel de sombras, de creaciones fantásticas.

Siempre le exponía yo estas ideas pirronianas a mi viejo maestro de filosofía, quien se reía de mis descarríos y censuraba cariñosamente mi constante tendencia a desviar las teorías filosóficas, haciéndolas encaminarse por senderos puramente imaginativos. Más de una vez me explicó el sentido verdadero del principio hegeliano: *todo lo real es ideal, todo lo ideal es real*, principio que, según mi maestro, yo glosaba e interpretaba inicualemente para aplicarlo a mí: conceptos ultrakantianos. El filósofo de Koenisberg afirmaba que el mundo, en nuestra representación, era una visión torcida, un reflejo inexacto, un *noúmeno*, una sombra muy vaga de la realidad. Yo le sostenía a mi maestro que Kant estaba equivocado, puesto que admitía una realidad mal representada dentro de nuestro yo; no hay tal mundo real: el mundo es un estado intermedio del ser colocado entre la nada (que no existe), y la realidad (que tampoco existe); un simple acto de imaginación, un ensueño puro en el que los seres flotamos con apariencias de personalidad, porque así es necesario para divertir y hacer sentir más intensamente a ese soñador eterno, o ese durmiente insaciable, dentro de cuya imaginación vivimos. En todo caso, Él es la única realidad posible...

El buen anciano y yo pasábamos largas horas discutiendo los más arduos e intrincados problemas ontológicos. La conclusión de nuestros debates era mi maestro quien la sentaba



Handwritten signature or initials in the bottom left corner.

en términos más o menos parecidos a éstos: que yo jamás sería un filósofo, sino un loco; que yo retorció toda teoría filosófica por clara que fuera, la dislocaba y deformaba, como si fueran pelotas de cera expuestas al calor de un sol de extravagancia que no tenía la serenidad necesaria para seguir con paso firme un sistema o teoría, sino que, muy al contrario, se me exaltaba la fantasía y trocaba las ideas más transparentes, y hasta los axiomas, en cuestiones intrincadas: hacía rocas gigantescas de los guijarros del camino, a fuerza de sutilezas absurdas e inaguantables. Y, añadía mi maestro, que yo le parecía bien una de esas flores de ornamentación que comienzan siendo correctamente vegetales y terminan en cuerpos de grifos, cabezas de silvanos o disparatadas bestias, bien un potro salvaje y ciego, que galopara desafortunadamente en medio de una selva incendiada. Nunca quiso admitir que sus filósofos eran los imaginativos y fantaseadores, los potros salvajes y desenfrenados, y que yo era el sereno y clarividente. Sin embargo, mi caso, en el cual fue un poco actor, creo que le hizo modificar un tanto sus ideas filosóficas...

II

Desde que yo tenía ocho años me había acostumbrado a ver en mi prima Cordelia, la mujer que debía ser mi esposa. Sus padres y el mío habían concertado este enlace, apoyado por el cariño que nos unía y que más tarde había de convertirse en un amor loco y vehemente. Cordelia, que era pocos meses menor que yo, fue la compañera de mi infancia; con mi prima pasé el dolor de la muerte de mis padres, y adolescentes ya, fuimos mutuamente maestros el uno del otro. De tal modo llegamos a compenetrarse nuestros espíritus que experimentábamos las mismas impresiones ante las mismas lecturas y ante los mismos objetos. Yo era su maestro de matemáticas y de filosofía, y ella me enseñaba la música y el dibujo. Naturalmente lo que yo enseñaba a Cordelia era una detestable tergiversación de la ciencia de mi maestro.

En las noches de verano subíamos Cordelia y yo a la terraza a discutir a la luz de la luna. Era Cordelia alta, esbelta y pálida, sus cabellos abundantes, de un rubio de espigas secas, formaban contraste con el rojo encendido de sus labios y el brillo febril de sus ojos pardos. No sé qué había de extraño en la admirable belleza de Cordelia, que me ponía pensativo y triste. En la catedral de la ciudad había un cuadro, La resurrección de la hija de Jairo, de un pintor flamenco; la protagonista era una niña de cabellos descoloridos cuyo rostro era muy semejante

al de Cordelia, así como la expresión de asombro al despertar del pesado sueño de la muerte: se veía que en aquellos ojos no se había borrado la huella de los misterios sondeados en las tinieblas de la tumba... Siempre que estaba con Cordelia recordaba tenazmente el cuadro de la doncella vuelta a la vida.

Cordelia discutía conmigo serenamente, recostaba su pálida cabeza de arcángel sobre mi hombro. Las ideas de Cordelia seguían en su cerebro el mismo proceso mental que seguían las ideas en el mío, y se desbordaban en un raudal delicado y puro de idealismo; entonces nuestras almas, ligeramente separadas al comenzar la discusión, se unían nuevamente como viejos camaradas que se encontraran en la encrucijada de un camino y prosiguieran juntos la jornada. Ya en este punto de conjunción dejábamos la conversación filosófica o artística y hablábamos sólo de nuestro amor.

El amor es vida. ¿Por qué, adorando ciegamente a Cordelia, percibía como un hálito impalpable de muerte? La sonrisa luminosa de Cordelia era vida; la íntima felicidad que nos enajenaba llenando de alegría y fe nuestras almas, era vida; y, sin embargo, sentía la impresión de que Cordelia estaba muerta, de que Cordelia era incorpórea. En el invierno, mientras afuera caía la nieve, pasábamos largas veladas tocando las más bellas sonatas de Beethoven y los apasionados nocturnos de Chopin.

Esa música brotaba impregnada del sentimiento que nos unía, y, sin embargo, al mismo tiempo que experimentaba inefable felicidad, sentía como si algo de la nieve que caía fuera se infiltrara en mi alma, como si en el admirable tejido de armonías se hubiera deslizado un pedazo del hilo ya cortado, de la madeja de las parcas; sentía una impresión triste e indefinible de pesadez de losa sepulcral...

III

Cordelia y yo debíamos casarnos después de cumplida la edad de veintitrés años, y aún nos faltaba uno.

Las tierras del mayorazgo me producían cuantiosa renta. Una de mis posesiones rústicas era la *Granja Blanca*, que primitivamente fue ermita y uno de mis antepasados convirtió en palacio. Se encontraba en el fondo de un inmenso bosque, fuera del tráfico humano. Hacía dos siglos que nadie la habitaba: nada tenía de granja, pero en el testamento de mi padre y en los papeles y libros de familia se la designaba con el nombre de la *Granja Blanca*. Allí resolvimos Cordelia y yo radicar nuestra vida, para gozar de nuestro amor, sin testigos,

frente a la libertad de la naturaleza. Cada tres o cuatro meses hacíamos excursiones a la *Granja Blanca* Cordelia, mi maestro y yo. Con grandes dificultades había logrado cambiar el vetusto mobiliario de la granja por muebles nuevos, y mi novia presidía el arreglo de las habitaciones con el gusto exquisito que la caracterizaba. Qué hermosa me parecía con su túnica blanca y su sombrero de amplias alas plegadas sobre sus mejillas, encerrando su rostro pálido en una penumbra en la que fulguraban sus grandes y misteriosas pupilas. Con infantil alegría, apenas descendíamos del carricoche, corría Cordelia por el bosque y llenaba su delantal de lirios, clavellinas y rosas silvestres. Las mariposas y libélulas revoloteaban traviesas en torno de su cabecita, como si acecharan el momento de caer golosas sobre sus labios, tan frescos y tan rojos como las fresas. La muy picarueta procuraba extraviarse en el bosque para que yo fuera a buscarla, y al encontrarla, ya a la sombra de unos limoneros, ya al pie de un arroyo, ya oculta entre un grupo de rosales, la cogía en mis brazos o le daba un beso largo, muy largo, en los labios o en las pálidas mejillas, tan pálidas y tan tersas... Y, sin embargo de mi felicidad, sentía de un modo lejano e indefinible, después de esos ósculos tan puros y apasionados, la impresión de haber besado los sedosos pétalos de una gran flor de lis nacida en las junturas de una tumba.

IV

Faltaba próximamente un mes para que se realizara nuestro enlace. Cordelia y yo habíamos convenido hacer la última excursión a la *Granja Blanca*. Fui una mañana con el coche, acompañado del maestro, a buscarla. Cordelia no podía salir, porque se sentía enferma. Entré a verla; la pobre no se había levantado: apenas entré en su alcoba se sonrió para tranquilizarme y me tendió la mano para que se la besara. ¡Cómo ardía su mano y cuán grande era la semejanza del rostro de Cordelia con el de la hija de Jairo! En los días siguientes creció la fiebre de la enferma. ¡Cordelia tenía la malaria! Sus manitas ardían horriblemente y mis labios se quemaban al posarse sobre su pálida frente. ¡Qué hacer, Dios mío! Cordelia se me moría; ella lo sentía, ella sabía que pronto la encerrarían en una caja blanca y se la llevarían para siempre, lejos, muy lejos de mí; lejos muy lejos de la *Granja*, que ella había arreglado para que fuera el nido misterioso de nuestra felicidad; lejos, muy lejos de ese bosque ella cruzaba vestida de blanco como un gran lirio

que cruzara entre las rosas y las clavellinas. ¿Por qué esa injusticia? ¿Por qué me la arrebataban de mi lado? ¿Podría mi virgencita ser feliz en el cielo sin mis besos? ¿Podría encontrar allí una mano que acariciara con más ternura sus cabellos pálidos y vaporosos?... La más espantosa angustia se apoderaba de mí al oírla delirar con la *Granja Blanca*.

Las maldiciones y las súplicas, las blasfemias y las oraciones se sucedían en mis labios, demandando la salud de mi Cordelia. Díramela Dios o el diablo, poco me importaba. Yo lo que quería era la salud de Cordelia. La habría comprado con mi alma, mi vida y mi fortuna; habría hecho lo más inmundo y lo más criminal; me habría atraído la indignación del Universo y la maldición eterna de Dios; habría echado en una caldera la sangre de toda la humanidad, desde Adán hasta el último hombre de las generaciones futuras, y hecho un cocimiento en el Infierno con el fuego destinado a mi condenación, si así hubiera podido obtener una droga que devolviera a mi Cordelia la salud. No una, sino mil condenaciones eternas habría soportado sucesivamente, como precio de esa ventura que con implacable malignidad me arrebataba la naturaleza. ¡Oh, cuánto sufrí!

Una mañana amaneció Cordelia mejor. Yo no había descansado en cuatro noches y me retiré a mi casa a dormir. Desperté al día siguiente por la tarde. ¡Qué tarde tan horrible! Al llegar a la calle de la casa de Cordelia vi la puerta cerrada y gran gentío. Pregunté el motivo, lívido de ansiedad, loco de angustia; un imbécil me respondió:

—¡La señorita Cordelia ha muerto!

Sentí un agudo dolor en el cerebro y caí al suelo... No sé quiénes me socorrieron, ni cuánto tiempo, horas, años o siglos estuve sin sentido. Cuando volví en mí me encontré en la casa de mi maestro, situada a poca distancia de la casa de Cordelia. Volé a la ventana y la abrí de par en par: la casa de Cordelia estaba como de costumbre. Salí corriendo como un loco, y entré en la casa de mi novia...

V

La primera persona a quien encontré fue a la madre de Cordelia. Le tomé la mano lleno de ansiedad:

—¿Y Cordelia, madrecita mía?

—Ve a buscarla, hijo, en el jardincillo... debe estar allí, regando sus violetas y heliotropos.

Acudí conmovido al jardín y encontré efectivamente a Cordelia, sentada en un banco de mármol, regando sus flores. La besé, delirante de amor, en la frente, y luego, rendido por la emoción, me puse a llorar como un niño con la cabeza recostada en sus rodillas. Largo rato estuve así, sintiendo que las manos de Cordelia acariciaban mis cabellos, y oyéndola murmurar a mi oído, con voz dulce y mimosa, frases de consuelo:

—Creíste que me moriría, ¿verdad?

—Sí... te he creído muerta, más aún, he creído ver tu entierro, ángel mío. ¡Oh, qué infamia tan grande hubiera sido el robarme la luz, la única luz de mi vida!

—¡Qué loco eres! ¡Morirme sin que hubiéramos sido felices! Dicen que la malaria no perdona, y ves, me ha perdonado en consideración a nuestro amor: se ha conformado con robarme un poco de sangre.

Y realmente los labios de Cordelia estaban casi blancos, y en general la piel, especialmente en las manos y en el rostro, tenía una palidez y una transparencia extremadas. Pero a pesar de que la malaria la había debilitado tanto, estaba más bella si cabe que antes.

Un mes después Cordelia y yo nos casábamos con gran boato, y, el mismo día de nuestras nupcias, fui a encerrarme con mi tesoro en la solitaria *Granja Blanca*.

VI

Con la rapidez de una estrella fugaz transcurrió el primer año de nuestra felicidad. No concibo que haya habido mortal más venturoso de lo que yo fui durante ese año con mi Cordelia en la tranquila y aislada morada que habíamos escogido. Muy de tarde algún extraviado cazador o algún aldeano curioso pasaba por delante de la *Granja*. Por toda servidumbre teníamos una anciana sorda como un ladrillo. Otro habitante que no debo olvidar era mi fiel perro *Ariel*. A fines del año fui una vez a la ciudad y conduje a la *Granja Blanca* a una comadrona. Cordelia dio a luz una hermosa niña que vino a colmar de ventura nuestro hogar novel.

Creo haber dicho que Cordelia era una hábil dibujante. En los momentos en que los cuidados de nuestra hija la permitían algún descanso, se propuso hacer un retrato mío. ¡Qué hermosas mañanas pasábamos en mi gabinete de trabajo, yo leyendo en alta voz y mi mujer reproduciendo mi efigie en el lienzo! La obra se hizo larga, porque continuamente la paralizábamos para entregarnos a las locuras y ensueños de nuestro cariño.

A los tres meses estuvo concluida, pero debo confesar que si bien era irreprochable como factura, era mediocre como parecido. Lo que yo deseaba ardientemente era que Cordelia me hiciera un retrato suyo. Ella se resistió varios meses a hacerlo, pero al fin una mañana me ofreció darme gusto. Me sorprendió el acento extraño y melancólico de su voz al hacerme su ofrecimiento: tenía la voz que debió tener la hija de Jairo. Me suplicó que, mientras estuviera haciendo su retrato, no penetrara en el gabinete, ni intentara ver el lienzo hasta que estuviera concluido.

—Eso es inicuo, reina mía. ¡Dejar de verte dos o tres horas al día! Mira, renuncio a mi pretensión; prefiero quedarme sin el retrato a tener que privarme de tu presencia. Después de todo, ¿para qué necesito la imagen si poseo el original para siempre?

—Escúchame —respondió colgándose a mi cuello—, no pintaré sino un día a la semana; en cambio de lo que te robe, sabré pagarte de la privación que sufras. ¿Verdad que accedes?

—Que conste que lo hago de mala gana y sólo por interés de la recompensa.

Desde esa semana, todos los sábados por las mañanas encerrábase Cordelia en mi gabinete durante dos horas, al cabo de las cuales salía agitada, pálidas las mejillas, más de lo que ya eran, y los ojos encendidos como si hubiera llorado. Cordelia me explicaba que ello era debido al estado de atención y abstracción sumas en que se ponía para coger del espejo su imagen y reproducirla en el lienzo con la mayor fidelidad.

—¡Oh, vida mía, eso te hace daño! Te declaro que renuncio con gusto al retrato.

—¡Es imposible! —murmuraba con voz sorda, como si hablara consigo misma—. ¡Si pudiera durar su ejecución un año más! ¡El plazo es fatal!

En seguida me hacía objeto de las manifestaciones de cariño más extremadas; en todo el día no se separaba de mí un segundo ni de nuestra hija, como si quisiera reponer con exceso de amor las horas que había estado separada de nosotros.

VII

Llegaba a su término el segundo año de nuestra permanencia en la *Granja Blanca*. Cordelia estaba concluyendo su retrato. Una mañana tuve la imprudencia de atisbar por el ojo de la cerradura de mi gabinete, y lo que vi me hizo estremecer de angustia: Cordelia lloraba amargamente; tenía las manos sobre



TENGO UNA GATA BLANCA

Tengo una gata blanca, sobre cuya cabeza se extiende una mancha que inunda su lomo, como la cabellera de una mujer en deshabillé. Ha pocos años era un gracioso trocillo de carne dócil, cuando Astarté me obsequió con ella. Ocupó holgadamente el bolsillo de mi gabán; había nacido en un rincón del boudoir de Astarté, y como yo deseara un recuerdo le pedí ese animalejo, al que puse el mismo nombre de esa virgen pérfida y frívola. Mi gata blanca ha crecido entre mis papeles y mis libros, ha perseguido los bicharracos de los rincones, ha desgarrado las hojas de mis libros en sus traviesas correrías infantiles, y más de una vez me ha hecho trizas apuntes, cartas y originales. ¡Ah, bestia hermosa e inicua, menos inicua y hermosa que su primitivo dueño! ¡En cuántas ocasiones he deseado matarte a palos, porque he visto asomando por tus ojos, porque he visto palpitar bajo tus musculitos ágiles, dentro de tus curvas elegantes, el espíritu de la hipocresía amable y solapada que anima a la Humanidad! ¡Cuántas veces en horas de amargura he acariciado nerviosamente tu hermosa cabeza, mientras tú ronroneabas tu oración bestial, que parecía el eco sordo de las dolorosas reflexiones y penosas miserias que turbaban la serenidad glacial de mi vida interior!...

En las noches de luna he pensado en ti, Astarté, mi hermosa gata blanca. Desde mi ventana hemos contemplado juntos a Selene, la pálida diosa que surca los cielos en su carabela de plata. Yo he pensado que tu eras el símbolo más perfecto del amor: te veía contemplando beatíficamente la luna, con los ojos entornados, con expresión de mansedumbre; y, sin embargo, eres cruel, voluptuosamente cruel. En vano he tratado de desentrañar, esfinge doméstica, el extraño enigma de sangre y de amor, de odio y de caricias, de complacencias perversas y de infames delectaciones que te embarga misteriosamente, mientras en el alféizar de la ventana nos miras a la luna y a mí alternativamente. ¿Por dónde se perderán tus divagaciones cuando sigues, con miradas apagadas, las volutas de humo de mi cigarro que suben hacia la pálida Selene? ¿Qué rojos ensueños de voluptuosidad feroz

provocarán en ti, mi hermosa gata, los inquietos centelleos de las estrellas?... A menudo la fierecilla, con mimosa timidez de mujer, roza su cabecita y su lomo contra mis piernas, y viendo mi taciturna indiferencia, sube a un sillón vecino, y desde allí fija en los míos sus redondos ojos, y sus pupilas se dilatan, y brillan con las mil facetas de un caleidoscopio que tuviera un abismo en el centro. Parece que mi compañera quisiera sugestionarme con las extravagantes dilapidaciones de su fantasía cruel, que me interroga sobre mis calladas tristezas o sobre el dolor de mis aspiraciones abortadas, cuyas sombras ve acaso pasar por mi frente, como ratoncillos que provocaran sus instintivas ferocidades y su pasión por las asechanzas. Me imagino que mi gata me ama, y me imagino que alberga, dentro de su diminuta y esbelta carnación, el alma de alguien, de Astarté acaso; esa alma dura y amable, inflexible y sutil... Cuando acaricio la piel de mi gata siento correr bajo el suave pelaje un estremecimiento intermitente de maligna fruición, que recorre su espina dorsal, desde el cuello a la cola, como la ondulación viajera de un espasmo de nervios; de pronto revuélvese animal con chisporroteos eléctricos en los ojos e hinca brutalmente sus garras en mi mano, o huye como presa de súbita locura y se esconde huraña bajo un mueble, desde donde atisba la impresión de cólera o curiosidad que sus perfidias o esquivos me producen.

Mi gata tiene la coquetería de la limpieza: su preocupación constante en las horas cálidas y luminosas del día, es alisar la seda de sus garras y acicalar su cabeza: tiene el instinto de su hermosura y procura mantener incólume la albura de su piel.

En sus sanguinarias y frecuentes aventuras de cacerías, quebranta los huesos, desgarras las carnes, se burla con mil ardidés dolorosos de los sufrimientos de sus víctimas, pero libra hábilmente su piel de las manchas rojas de la sangre.

¡Cuánto goza la bestia blanca con el dolor de los bichos que coge, con la defraudación de la libertad que maliciosamente les concede, con los chillidos que les arranca! ¡Cuánto ingenio despliega su cruel inventiva para retardar la muerte y cómo se transparente en sus ojos la voluptuosa fruición del triunfo! Hasta creo ver dibujarse en el pequeño triángulo de su barbilla una sonrisa humana de alegría intensa y malsana. Después de estas escenas de perversidad y astucia, viene a mí con maullidos de complacencia beatífica, como si sintiera el bienestar de haber cumplido con un rito sagrado de maldad implacable y de coquetería.

Y yo acaricio a mi gata blanca, porque veo como un trasunto del alma pérfida de Astarté; la acaricio porque veo en la bestia esa crueldad instintiva, inconsciente y poderosa que ha puesto Dios en la Naturaleza, como para indicarnos que la crueldad es una hebra inevitable entremezclada en el arduo tejido de la vida. Y siento que con la inflexión de los maullidos de Astarté, con sus alegres cabriolas y con sus saltos llenos de gracia y elegancia, quisiera decirme: «Soy mala, soy cruel, soy sanguinaria, pero ¿qué te importa si mi piel no se mancha?» Y entonces, en el fondo de sus glaucos ojos, en el negro abismo de boca contráctil que forma el centro de sus pupilas, creo ver pasar hierática, sonriente y maligna la sombra de Astarté, de la Astarté siríaca, la otra...



INDICE

<i>La Granja Blanca</i>	13
<i>El Quinto Evangelio</i>	31
<i>Idealismos</i>	37
<i>Parábola</i>	43
<i>El Príncipe Alacrán</i>	51
<i>Los Ojos de Lina</i>	59
<i>La Leyenda del Hachisch</i>	67
<i>La Derrota de Venus</i>	83
<i>El Hijo Pródigo</i>	89
<i>Tengo una Gata Blanca</i>	95